

EBONY CLARK



EL CLUB
DE LA
ORQUÍDEA



*Con esta novela Ebony Clark nos lleva a conocer la
historia de una mujer que, al igual que la
Orquídea, se convierte en una
símbolo de aceptación y orgullo
del imperio
Club de la Orquídea*



A Luis y papá
a quienes llevo siempre en el corazón.

A mamá y al resto de la familia,
que viven con ilusión cada nuevo proyecto.

A mi ángel. Gracias por tu infinita paciencia,
en realidad eres un verdadero ángel.

A mis amigos, a todos, gracias por estar ahí.
Seguro que no os merezco, pero qué suerte teneros.

Prólogo

Devonshire, Inglaterra, 1875

La joven yacía sobre las sábanas con la expresión cansada y débil de un gorrión. Su rostro pálido contrastaba con la abundante cabellera oscura esparcida sobre la almohada. Apenas entornó los párpados al escuchar el sonido de la puerta al abrirse. No lo necesitaba. Sabía que era él. Gabriel. Buscaba respuestas y ella no las tenía, como no las había tenido antes de que la razón la fuera abandonando poco a poco hasta sumirla en aquel estado de letargo en el que permanecía desde entonces.

Clavó en el recién llegado sus ojos negros enmarcados por espesas pestañas del mismo color, ahora surcados por profundas ojeras que teñían de un suave morado los huecos sobre las mortecinas mejillas. Su mirada era de resignación y de tristeza. A pesar del dolor, de la fiebre y de los fármacos que pretendían aliviar su dolor, la muchacha esbozó una tenue sonrisa y extendió su mano hacia él para indicarle que se sentara en el borde de la cama.

Su aspecto era aterrador. Evocaba un hermoso cadáver en su último aliento. Anunciaba que el final de los días de aquel ángel estaba próximo, y el hombre apretó los labios con tanta fuerza que sintió que la sangre se agolpaba a sus sienes. Reprimió el impulso de abrazarla para arrebatársela a la muerte, a pesar de que sabía que nada podía hacer más que entregársela a su cruel enemiga. Tomó asiento donde ella había palpado y estrechó los fríos y delgados dedos entre los

suyos, tratando de dominar su rabia.

— Elizabeth — besó los dedos con adoración, sintiendo al instante el tacto helado en la boca. El corazón se le encogió una vez más. Se ordenó a sí mismo sonreír y, como por arte de magia, sus labios obedecieron y dibujaron una sonrisa en el rostro— , esta mañana estás preciosa, ¿lo sabías? Te advierto que no pienso pasar el resto de la temporada de baile retándome a duelo con todos tus pretendientes.

— Qué tonto. — Aquel sonido celestial recordó al hombre los días del pasado en los que él se convertía en el celoso guardián de aquella belleza.

— Hablo en serio, Lizzy. — La llamó por el nombre que usaba con ella desde que ambos eran unos niños.

En respuesta, la joven apretó débilmente sus dedos. Lo conocía demasiado bien. Sabía que no la engañaba con aquella absurda interpretación. Después de que una procesión de médicos de la que ya no podía recordar el número la había visitado, no podía seguir mintiendo o negar la evidencia. La terrible, la escalofriante verdad, la que habría deseado arrancar de su pensamiento para no enfrentarse a ella. No había esperanza alguna para aquella joven adorable a la que había querido proteger desde que era un joven imberbe. Todo había sido inútil. Le había fallado, y ahora la fiebre no remitía y ella se consumía cada día, tan solo esperando el minuto final en que ya nada podrían decirse. Aun así, no podía admitir que fuera de aquel modo. No podía mirarla mientras su alma se quebraba en cientos de diminutos pedazos que aullaban de dolor en su interior y, sencillamente, dejarla marchar. No estaba en su naturaleza rendirse, por más que los doctores lo hubieran hecho ya, pues para el mal del alma que la consumía no existían remedios ni milagrosas curas.

— Lo siento, Lizzy.

— Querido — acarició el áspero mentón del hombre— , siempre fuiste

bueno conmigo, y yo he sido una tonta. Pero te he querido a mi manera, y ahora debes ser fuerte por los dos. Has de dejarme ir, querido amigo.

— Lizzy, no. — Retuvo aquella mano helada contra su cara— . No puedes irte, todavía no. Prometí que te llevaría a Londres el próximo verano, ¿recuerdas? Querías comprarte aquel sombrero ridículo tan de moda, decías que hacía juego con tu vestido verde para montar a caballo.

— Primo — lo interrumpió— , debo irme.

— Por el amor de Dios.

— Es inútil seguir luchando. — Un repentino ataque de tos la hizo convulsionarse.

El hombre la sujetó por los hombros y se apresuró a colocar un pañuelo sobre los amoratados labios, retirándolo de inmediato para evitar que ella viera cómo la tela se había teñido de rojo. La puerta se abrió y una muchacha que portaba una bandeja con algo humeante trató de interrumpir la visita. La miró con expresión furiosa, suavizó el semblante al girarse nuevamente hacia la joven, y después de que ella lo perdonara por su mal humor, indicó con un gruñido a la sirvienta que se retirara. La joven se reclinó con expresión agotada sobre los almohadones y colocó con un gesto amoroso los mechones que le cubrían la frente perlada de sudor.

— Tendrás que ir sin mí a esos aburridos bailes que odias. Y te portarás como un caballero; tratarás con respeto a las damas, porque si no... Si no, volveré de la tumba para pellizcarte.

El hombre quiso sonreír para responder a su burla.

— No vas a ir a ninguna parte, Lizzy — la reprendió— . Tú y yo aún tenemos algunos asuntos pendientes.

Ella apretó las delgadas y ajadas líneas en que se habían convertido sus otrora hermosos labios, conteniendo un ataque de tos. Clavó sus ojos llenos de compasión en el hombre abatido por la tristeza.

Sabía que todo cuanto podía hacer era quedarse allí sentado, inmóvil y silencioso, y recibir la caridad de aquella mirada noble que quería aliviar su dolor a pesar del propio. Ocultó los ojos, temiendo que ella, como solía hacer en la niñez, leyera en su interior.

— Querido amigo. — La voz de Elizabeth era un susurro que se perdía en la oscuridad.

¿Quién había ordenado que cerraran las cortinas? ¿Por qué no había más luz junto a su cama? Elizabeth temía a la oscuridad desde que era una niña, solía buscarla en su propio cuarto cuando los adultos los enviaban a la cama y permanecían bebiendo en las largas veladas de verano. La protegía y la consolaba, fingía enfrentarse a imaginarios dragones y la arropaba entre las sábanas cuando cesaban los llantos. Deseó con todas sus fuerzas tener los poderes que ella le había atribuido en el pasado. Lizzy lo llamó por su nombre, provocando un estremecimiento al percibir el tono apagado que indicaba que ya no le quedaba apenas tiempo.

— Sé muy bien lo que pasa ahora por tu cabeza.

— No sé de qué me hablas — replicó, angustiado en el fondo del corazón.

— No mient... — Otro ataque que la hizo convulsionarse y rechazar el pañuelo limpio que él le tendía—. No mientas. Te conozco. Sé que ahora tu corazón está furioso y lleno de odio. Crees que me debes algo, pero nada cambiará.

— No hables, te cansarás.

— Ya estoy cansada. — Su boca se curvó.

— Por favor — suplicó, aunque no supo si su súplica iba dirigida a la mujer o a un Dios en el que había dejado de creer hacía tiempo.

— ¡Shh! Ya viene. Rápido; acércate más deprisa. — Los ojos de Lizzy se entornaban y miraban en derredor como si percibieran alguna extraña presencia que solo ella era capaz de vislumbrar. En un último derroche de fortaleza, se irguió sobre los almohadones y sujetó las amplias solapas de la chaqueta del hombre para atraerlo— . Déjame ir.

— No, por favor.

— Déjame ir — insistió con agónica terquedad.

Él negó con idéntica porfía antes de abrazarla. Sus músculos se tensaron al notar cómo aquel cuerpo se volvía flácido entre sus manos y exhalaba su último hálito. La mantuvo así durante unos minutos, acunándola contra el pecho y susurrando en su oído tiernas palabras.

— Milord.

Ignoró la voz rota por el dolor de la sirvienta. La buena mujer posó su mano vacilante en el hombro del hombre que aún mantenía erguido el cuerpo de Elizabeth. Él no se movió.

— Milord, por favor. — Las palabras se quebraron en la garganta de la mujer.

Solo entonces, comprendió que no tenía derecho a acaparar el dolor de la pérdida de la joven. Depositó el cuerpo sin vida sobre las sábanas y giró el rostro para enfrentarse al de la señora Plott. Fanny Plott merecía tanto o más que él estar allí. Ambos habían sido la única familia de Elizabeth desde que ella había quedado huérfana con tan solo doce años. La habían visto crecer y convertirse en la joven más hermosa del condado.

— Fanny.

— No diga nada, milord.

— ¿Cómo vamos a vivir sin ella? — Elevó la mirada hacia donde suponía que se hallaba el cielo que debía acoger el alma de Elizabeth— . ¿Cómo?

— Basta, por Dios. — La mujer se abrazó al cuerpo inerte de Lizzy y rompió en sollozos que desgarraban su alma— . Mi niña, mi pequeña.

Fue incapaz de soportar por más tiempo aquella escena. Se desató el nudo del lazo que le oprimía el cuello y se abrió la camisa, rompiendo los enganches con brusquedad y sintiendo que toda aquella ropa elegante lo privaba de aire. Abandonó la habitación y bajó las escaleras, sorteando los peldaños de tres en tres. Un sirviente se interpuso en el camino al llegar a la puerta y le bloqueó la salida, probablemente siguiendo instrucciones de la señora Plott.

— Apártate de mi camino — rugió, apretando los puños contra las caderas para no estrellarlos contra la cara del pobre hombre.

Lo sentía por él y por sus buenas intenciones, pero ahora solo podía pensar en que tenía que hacer algo para que toda aquella rabia, todo aquel odio no lo consumiera.

— Lo diré una vez más. Apártate o voy a molerte hasta el último hueso. Hablo en serio.

— Milord, usted no está bien — señaló el sirviente. Miró al resto de la servidumbre, que aguardaba con cautela junto a la escalera, pero ninguno se aventuró a decir nada. Insistió con tono conciliador— . Cometerá una locura si sale en ese estado, y el clima amenaza tormenta.

— Escúchame bien — lo apuntó con el puño tenso— . La señorita Elizabeth Farmington yace difunta en el piso de arriba. Aquí ya no hay nada que me retenga. Prepara un carruaje de inmediato. Tomaré el primer tren a Londres esta misma noche.

— Señor, lo acompañamos en el sentimiento — murmuraron los

sirvientes al unísono. Él no contestó. Una de las sirvientas que llevaba más tiempo en la casa se aventuró a acercarse y se inclinó en un gesto de condolencia.

— Todos queríamos a la señorita Elizabeth. Ofreceremos una oración por su alma — comenzó, pero se apartó al ver cómo la empujaba para dirigirse a la puerta.

— ¡Déjenme en paz! Ofrezcan su consuelo a la señora Plott; yo no lo necesito.

— Pero, milord. ¿No piensa quedarse para los funerales? — preguntó con voz incrédula la más joven de las mujeres.

— No dejaré que Elizabeth se quede aquí sola toda la eternidad — informó con tono glacial—. Irá conmigo a Londres y será enterrada en Highgate.

Abrió la puerta, y al volver el rostro hacia el resto, todos enmudecieron al mismo tiempo. Los ojos negros y brillantes parecían irradiar llamas bajo las espesas cejas, y el cabello oscuro teñido de unas repentinas hebras plateadas en las sienes ondeaba al viento, húmedo por las primeras gotas de lluvia que se colaban en el interior a través de la rendija que había abierto.

— Mi carruaje. No lo repetiré — advirtió con una voz que parecía provenir del más profundo averno. El sirviente inclinó la barbilla.

— Como desee, milord, pero...

— ¡Apártate de una vez! — Cruzó el umbral, se dirigió a la noche y cayó arrodillado sobre el lodo, aullando bajo la lluvia como una bestia herida de muerte.

Tenía los brazos elevados sobre la cabeza y aquellos alaridos hicieron que la servidumbre contemplara la escena desde la puerta con verdadera expresión de terror.

— Que Dios se apiade de él — murmuró una de las mujeres y añadió para sí misma—. Y de esa pobre criatura que acaba de quedar huérfana.

El hombre continuaba con sus lamentos y maldiciones. Era la noche de su vigésimo tercer cumpleaños y supo que quedaría grabada en su memoria para siempre.

* * *

— Ojalá mamá estuviese aquí. Le diría que me diera su colgante. Me prometió que cuando fuera mayor sería para mí, pero se lo llevó.

— Cariño mío, estoy segura de que tu mamá tenía una buena razón para ello.

— No nos quería, tía Gertrude, por eso se fue.

— No digas eso; Julianne te quería mucho, ¿me oyes? Algún día, ella regresará y te explicará personalmente los motivos de su marcha.

— Gertrude no estaba convencida de ello, pero necesitaba animar a la pequeña.

No era tarea fácil hacer entender a la niña la nueva situación: su padre, Edward Pemberton, y su esposo eran hermanos. Edward había contraído nupcias con una mujer de carácter imposible, tan hermosa como voluble a juzgar por lo fugaz que había sido el matrimonio. Julianne había sido una mujer amada, pero sus caprichos superaron la paciencia del pobre Edward, y las disputas entre ellos se habían convertido en un hábito que debilitó el amor. Siete años después de la boda, Julianne desapareció y eso coincidió con la llegada a la localidad de un rutilante carromato de feriantes. Todos habían concluido en que la temperamental Julianne había sucumbido al encanto de aquella vida

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

